

JORGE BERNÁRDEZ
LUCIANO DI VITO



EDICIÓN
AMPLIADA

LAS AVENTURAS DE

PERÓN

EN LA TIERRA

Planeta

JORGE BERNÁRDEZ
LUCIANO DI VITO

LAS AVENTURAS DE PERÓN EN LA TIERRA

Edición ampliada

Un periodista español quiso conocer la conformación del electorado argentino.

El general Perón le respondió:

—Hay un 25 % de radicales, un 20 % de conservadores, un 15 % de socialistas y un 10 % de comunistas.

—¿Y los peronistas? —preguntó sorprendido el periodista.

—Ah, no, m'hijo, peronistas son todos.



¿QUÉ SABEMOS DE PERÓN?

Sabemos que nació cerca de la localidad de Lobos, dicen que su madre era india y su padre no. Que, aparentemente, su abuela fue la encargada de presentar los papeles para que pudiera entrar al Colegio Militar y que de ahí surgen las diferentes versiones sobre su edad y sobre el lugar donde nació planteadas por distintos historiadores. Sabemos que siendo cadete del Colegio Militar participó de la caída de Hipólito Yrigoyen. Que viajó a Italia, donde se hizo admirador del *Duce* Benito Mussolini, y que también pasó por Alemania, donde algunos dicen que se reunió con Adolf Hitler. Que le gustaban las mujeres jóvenes, que se casó tres veces. Que dos de sus tres esposas murieron de lo mismo. Que le gustaban los animales. Que medía 1,82. Que siempre tuvo el pelo negro. Que tenía rosácea y fumaba. Que leía clásicos de la literatura universal y que muchas de sus frases más celebradas habían salido de ellos. Que su actor cómico favorito era Fidel Pintos. Que tenía la piel quemada por la nieve de los tiempos en que fue enviado a Chile.

Que tenía la sonrisa de Carlos Gardel. Que se sabía de memoria el *Martín Fierro* pero que, como escribió el periodista Esteban Peicovich, hablaba como el viejo Vizcacha.

Que después de terminar de hablar solo quedaba el silencio. Que aseguraba haber inventado un montón de cosas, entre ellas el movimiento político argentino más importante del siglo y a la mismísima Evita. Que, por sobre todas las cosas, era militar. Que siempre pareció viejo y sabio.

Que gobernó durante diez años; para muchos los años más felices de la Argentina y para otros, el comienzo de todos los males. Que se fue del país para evitar que se derramara sangre de compatriotas y que dieciocho años después volvió para lo mismo.

Saber un puñado de datos no es conocer a alguien. El paso de los años aleja la imagen real de Perón; aleja también a los protagonistas cercanos de esa historia. El mito es inabarcable. La iconografía peronista nos ha mostrado al líder desde el balcón, arriba de un caballo o subido a una motoneta; es decir, muy pocas veces lo hemos visto con los pies sobre la tierra. Perón está en las alturas, más allá y más alto que todos nosotros.

Todo eso nos parecía que sabíamos acerca del General, mientras trabajábamos haciendo documentales de historia. Pero una tarde, en Canal 7, el actor Carlos Santamaría nos contó que él había conocido a Perón. Tenía en ese momento, en 1973, apenas 15 años y estudiaba en la casa de un compañero de la secundaria, ubicada en la calle Gaspar Campos. Perón vivía en aquella casa de esa misma calle conseguida por Héctor J. Cámpora. Las imágenes de la época muestran la calle atestada de curiosos, militantes, policías, custodios de distinta procedencia; una multitud a la que el General en algún momento tuvo que hacer callar saliendo al balcón en pijama.

Santamaría y su amigo observaron que el General, cuando salía a caminar, solía llevar caramelos para los pibes del barrio, así que una tarde salieron de la casa para saludar al «viejo», como le decían los militantes en esos días. Los dos adolescentes se enfrentaron al General, que los saludó y les dio un caramelo a cada uno. Sin embargo, ese no fue el final de la anécdota porque Perón, de repente, puso tono serio.

—Pibes, ¿ustedes cuántos años tienen?

—Quince —contestaron.

—Ustedes están más para ir a tomar whisky en la esquina que para pedir caramelos —y se sonrió con aquella sonrisa gardeliana.

Esa tarde, en un estudio de audio de un canal de televisión, un actor nos abrió una ventana nueva desde la cual ver al general Perón. Esa tarde nos dimos cuenta de la existencia de una dimensión que se nos estaba escapando en todo ese trabajo documental que habíamos desarrollado durante cinco años. Comprendimos

que había otro Perón del que nadie había hablado hasta ese momento, un Perón cotidiano que tenía una vida íntima. Perón era todo aquello que sabemos pero, además, era un hombre, un ser humano al que le encantaban los zapatos de dos colores y las guayaberas. Un hombre al que le gustaba el tango y que era hinchista de Boca, a pesar de que la mitología lo hizo hinchista de Racing. Un hombre que vale la pena rescatar del limbo en que viven los mitos.

Para ello hablamos con sus viejos colaboradores, con militantes, dirigentes políticos, sindicalistas, deportistas, periodistas, médicos y hasta con veterinarios. Escuchamos otras historias. Historias que completan al Perón de las estampitas.

DE CANJE

(Panamá, 1957)

—¿En serio es él?

—En serio.

—Nos gustaría saludarlo.

—Esperen un minuto.

El dueño, *maitre* y cajero de la cantina-estilo-argentino, que llevaba años atendiendo turistas en la ciudad de Panamá, se dirigió hacia donde estaba el hombre en cuestión.

—¿Puede venir un minuto?

—Sí, señor, lo que usted diga.

El General ya se había acostumbrado. Le ocurría seguido. Dejó la ensalada y el pedazo de carne que estaba comiendo y se paró para acompañar al mandamás de la cantina en la que solía comer con su gente.

Ese mediodía, el general Juan Domingo Perón vestía un pantalón claro y una camisa blanca de manga corta por fuera del cinturón. Estaba acalorado y molesto pero no podía negarse al pedido de sus compatriotas. Uno era el dueño de la cantina; los otros, una pareja de turistas, viajeros de ocasión que al enterarse de la presencia del General en el mismo lugar donde ellos comían, no pudieron resistir la tentación de conocerlo. En su país no habían podido verlo más que de lejos.

El General llevaba ya unos meses viviendo en la pobreza, acompañado por unos pocos hombres que habían dejado la Argentina para seguir a su líder en el exilio. Un exilio que, hasta ese momento, no había sido otra cosa que un deambular sin sentido por países

reacios a darle asilo por miedo a tener que cortar relaciones con Buenos Aires.

Fue Ramón Landajo, un espía formado por el General, quien se encargó de armar la logística de la vida cotidiana en Panamá y quien encontró esa cantina de un argentino dispuesto a darle de comer a cambio de que Perón engalanara su local.

Perón cumplía su papel, iba a la mesa de los curiosos, sonreía con esa sonrisa imbatible, saludaba con los brazos en alto y firmaba algún autógrafo si el turista de turno lo pedía.

Una vez cumplido el rito volvía a sentarse para terminar el plato de comida ganado con el sudor de su frente.

LA VERDADERA MUERTE DE PERÓN

(Buenos Aires, 2010)

«¿Cómo murió Perón? En el piso, como la mayoría de los seres humanos. ¿Y saben por qué? Porque las camas de esa época no eran lo suficientemente grandes. Perón era grandote y para hacerle los masajes cardíacos y los trabajos necesarios, aunque inútiles, hubo que bajarlo de la cama. Tres horas trabajamos tratando de que no se muriera, pero no había nada que hacer».

El doctor Pedro Ramón Cossio se calla. Ya está, lo dijo. Un párrafo corto. Un relato contundente, seco, profesional, pero a la vez apasionado. Se ha sacado tres décadas de silencio de encima.

Lo escuchamos atentos, pero tratamos de ir más allá.

—¿Y lo de López Rega tratando de que no se le secaran las piernas? ¿Y la invocación a los faraones? ¿Y la firma de ese último documento en el que da por renunciado en su cargo en México a Héctor J. Cámpora sin agradecerle los servicios prestados, que dicen falsificó López Rega?

—Lo que les conté es la verdad, los hechos que ocurrieron. Mi verdad y la del doctor Seara. La verdad que escribimos para nuestro libro.

Manejar información es delicado. Manejar información que va a contramano de la información que todos tienen es más delicado todavía. Manejar información que nadie quiere escuchar porque prefieren seguir creyendo en la que ya tienen, puede ser una carga demasiado pesada.

Los doctores Pedro Ramón Cossio y Carlos A. Seara guardaron silencio durante más de tres décadas sobre información delicada,

secretos de Estado que nadie ha querido revelar. Cuando rompieron ese silencio al escribir un libro, casi nadie les reconoció valor. Tuvieron una especie de premio consuelo, la declaración de interés parlamentario promovida por la senadora Ada Iturrez de Capellini.

Cossio y Seara sabían que habían roto un tabú, que ir contra la historia oficial significaba ganarse el odio de mucha gente y la desconfianza de tanta otra.

Quizá por haber recibido ese pago amargo ya no quieren hablar, y cuando alguien los llama para hablar de los últimos días de Perón se remiten al libro que han escrito. Dicen que el libro les trajo dolores de cabeza, incompreensión y hasta la incómoda visita de la AFIP (Administración Federal de Ingresos Públicos), promovida desde las alturas de «este gobierno montonero y revanchista».

El doctor Cossio es un hombre serio, de voz potente y gesto sereno. Su consultorio, ubicado en Barrio Norte, es típico de un médico de nota con un sólido *curriculum vitae*. Antecedentes que, en su opinión, son una de las razones por las que esperó a escribir el libro sobre los últimos días del general Perón con su amigo el doctor Seara. Tenían que escribir el libro una vez convertidos en profesionales a los que nadie pudiera discutirles nada. En cierta forma, esas casi tres décadas de carrera que van desde los días finales del General hasta la publicación del libro han sido una construcción profesional y personal para poder editar, finalmente, ese libro en el que contarían la verdad, su verdad.

El doctor Cossio recibió el llamado para participar de este libro y se tomó unos días para consultarle a su colega Seara. El resultado fue el compromiso de colaborar con nosotros pero nunca ante un grabador.

Cuando finalmente nos recibió en su consultorio, Cossio se comportó de manera amable pero tajante.

—Nos mandaron a la AFIP; no se puede confiar en esta gente. No soportan la verdad y la verdad es que el general Perón vivió con miedo sus últimos meses. Miedo de que lo mataran, miedo de que entraran a sangre y fuego. Él me dijo que lo de Ezeiza había sido para él. Que la izquierda quería matarlo y que por eso dormía armado, con una escopeta en una esquina de la habitación y un re-

volver al costado de la cama. Por eso no fue hasta la Quinta de Olivos de entrada y se quedaba en Gaspar Campos, porque consideraba que no estaban dadas las condiciones de seguridad necesarias. Por eso se construyó el murallón. Hasta ese momento el cerco de la Quinta de Olivos era un cerco vivo.

El discurso del doctor Cossio es sólido y sin fisuras. Está convencido de su verdad y de que esa verdad es algo que nadie quiere escuchar.

Cossio y Seara formaron parte del equipo médico que se encargó del cuidado de la salud del presidente Juan Domingo Perón luego de su llegada al país con problemas graves de salud, en 1973. De hecho, antes de que viajara, sus médicos españoles le habían advertido sobre los inconvenientes del vuelo y le auguraron que el regreso acortaría drásticamente sus expectativas de vida. Por eso los planes de Perón eran mantenerse lejos del poder. Permanecer en actitud de patriarca, como decía esa idea sellada por el cantito popular que rezaba «Cámpora al gobierno. Perón al poder». Pero las necesidades políticas eran otras.

El 26 de junio de 1973, seis días después del regreso del líder a la Argentina, un llamado estremeció al doctor Pedro Cossio padre. El general Perón había tenido una descompostura y se necesitaba la presencia de ese viejo amigo que lo había acompañado en el famoso chárter del retorno.

El diagnóstico era sencillo: Cossio no necesitó hacer muchos estudios para decirle a Isabel Martínez de Perón, esposa del enfermo, que su marido había tenido un infarto de miocardio.

Dos días después, el cuadro se había agravado por una pleura pericarditis aguda con agitación y fiebre. A partir de ese momento, su salud se convirtió en un tema de preocupación aguda en el entorno cercano del General.

En los meses que pasaron desde la llegada a la Argentina hasta noviembre de 1973, la salud del general Perón no sufrió más sobresaltos.

Pocos saben que durante esos meses fue sometido a una constante vigilancia. La información era tratada como lo que era: un secreto de Estado. Los exámenes a los que se sometió el presidente Juan Domingo Perón figuraban a nombre de uno de sus hombres de confianza, un secretario que estaba siempre a su lado, Juan Esquer.